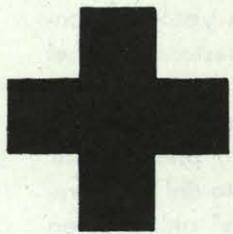


---

# lo figurativo y lo no figurativo en la imagen religiosa



Arsenio Fernández Arenas, o. p.

Los fieles, acostumbrados a recorrer las estaciones devocionales de sus santos en el interior de los templos, se hallan demasiado solos en las nuevas iglesias. La arquitectura, al parecer, ha renunciado a las imágenes. Pero tal vez esta apreciación, señalada como lamento de algo que se ha perdido, sea inexacta. No se ha renunciado a las imágenes; sólo a las esculturas y pinturas consideradas con el valor de un candelabro o un florero. Las imágenes han recuperado el sentido original que habían perdido en épocas inmediatamente anteriores. Vuelven a ser una parte de la construcción y a formar parte en la estructuración espiritual del templo y de la vida religiosa. Por eso se refugian en las puertas, en los muros y en las vidrieras. Las imágenes son, otra vez, la auténtica decoración del templo.

Entendemos la decoración en sentido amplio: la elaboración de todos los elementos, tanto útiles como ornamentales, que tienen una función dentro de la iglesia. Así, resulta ser tan decorativo el altar como las vidrieras, los bancos o las palias que cubren el

cáliz. También la arquitectura se convierte en imagen, porque la decoración es la gloria de la iglesia y existe una imagen arquitectónica de la iglesia construída. La imagen arquitectónica, al igual que el mobiliario litúrgico, debe conformarse con su posibilidad de significar las realidades que facilita con la conveniente disposición de sus partes. Se hacen enunciativos de los misterios por su participación instrumental en el servicio del culto. Su razón de ser está en su acto de servir. No figuran realidades religiosas, pero las significan posibilitando la realización de las acciones litúrgicas.

## LA IMAGEN REPRESENTATIVA DE LO SANTO

Las realidades religiosas pueden adoptar una figuración plástica y el arte figurativo ha tenido siempre en los motivos religiosos un programa amplio y fecundo. A esta figuración de lo santo llamamos más propiamente imagen religiosa.

El deseo de figurar en imágenes realidades extrametales es tan antiguo y tan real como puede serlo la necesidad de proyectar la voluntad sobre otra persona en forma de amor o la necesidad humana

de formular ideas que definen las cosas. La imagen comenzó en una roca, en la arena o sobre la arcilla, elaborada con un pigmento, rayada con un buril o modelada por los dedos inquietos de un hombre con deseos de proyectar un doble de su vida. Lo mismo que comenzó el juego del amor ante el primer ser de otro sexo o la idea ante la necesidad de distinguir y clasificar los objetos de la Naturaleza.

Claro que el hombre no demuestra su existencia por las imágenes, el amor o las ideas, sino en cuanto que ellas se constituyen en "dobles" de sí mismo. Existe un conocimiento de la imagen como también el de las ideas o los sentimientos. El deseo de hacer imágenes es siempre real, aunque las formas que las expresan sean abstractas, porque el motivo profundo de la figuración plástica es la manifestación sensible de realidades naturales o suprasensibles, que, normalmente, constituyen un misterio.

La imagen se sitúa en el límite o frontera entre el misterio y su conocimiento, ya que la íntima realidad del misterio permanece siempre oculta y el sentido de la imagen es comunicar su existencia misteriosa en formas sensibles. Cuando la imagen pierde el carácter de vehículo de lo misterioso, de lo suprasensible, se transforma en objeto de simple decoración, como lo puede ser un candelabro o un florero.

En el Cristianismo la más perfecta imagen es la de Cristo. Desde que El se hizo hombre, vistiéndose de carne, ha quedado como tipo, el más perfecto, de realidad sobrenatural presencializada como imagen. La imagen de Jesucristo y los misterios de la salvación, figuraciones claves del arte cristiano, son el más auténtico anuncio de Dios por ser Cristo "la imagen de Dios invisible", según expresión de San Pablo. Pero la representación de esta imagen "cristiana" sólo es posible desde el lado de su rostro humano. La divinidad queda anclada en la figura de hombre y se nos da como misterio, al cual sólo llegamos a través de la presencia plástica de la imagen.

De ahí que la misión de la figuración cristiana y de la decoración plástica de la Iglesia no es solamente ilustrativa en el sentido de narrar los hechos históricos a fin de que conozcamos los acontecimientos. Es sobre todo representativa, con el fin de que los misterios, hechos sensibles por la imagen, se hagan presentes en el espíritu a través de los sentidos y de la sabiduría de la imagen. Más que en la narración histórica del hecho religioso, el valor enunciativo de la imagen consiste en la representación y en la capacidad emotiva del acto devocional. Esto independientemente de las formas figurativas o abstractas de la imagen.

## EL DESTINO DE LA IMAGEN EN LA NUEVA ARQUITECTURA

No nos preguntamos ahora sobre la posibilidad dogmática de exponer imágenes en las iglesias. Teóricamente está resuelto desde las luchas contra los iconoclastas, pasando por las determinaciones de Trento, hasta la nueva Constitución aprobada en el Vaticano II: "Manténgase firmemente la práctica de exponer imágenes sagradas a la veneración de los fieles" (N. 125). La cuestión se plantea en el terreno más movedido de la necesidad práctica de conservar las imágenes en las nuevas iglesias. La solución está dependiendo de dos factores distintos: de la conveniencia pastoral de utilizar imágenes en el culto litúrgico y personal y de saber si el arte moderno es capaz de realizar esas figuraciones válidas para el encuentro con lo religioso.

La Iglesia ha utilizado tanto las imágenes como los signos y los símbolos. En ello ha visto una conveniencia o, tal vez, una urgencia pastoral. Pero el uso de figuraciones religiosas dentro de los templos no ha tenido siempre la misma necesidad, ni el mismo sentido. Es claro que el servicio prestado por los capiteles románicos es bien distinto del que ofrecen las vidrieras góticas o los "pasos" utilizados en las procesiones de la Semana Santa. Ha existido la imagen narrativa, la de culto y la de devoción. Tanto ella como el símbolo y el signo han estado dependiendo de diversas situaciones históricas y culturales. Los cambios de estructuras sociales puede devaluar la necesidad de la figuración plástica de lo religioso.

## USO Y ABUSO DE LA IMAGEN

Por eso nos atrevemos a preguntar si existe actualmente alguna necesidad o conveniencia pastoral por la cual las imágenes deban permanecer en las iglesias de nuestros días. ¿Iconoclastas?

Hay dos maneras de ser iconoclastas: la de aquellos que se dedicaron a destruir las imágenes y la de los que renuncian a ellas por no necesitarlas o por temer una desviación religiosa de tipo fetichista.

La imagen se ha necesitado como vehículo ilustrativo de los misterios religiosos y también como representación de lo santo. Los clásicos místicos fomentan una "composición de lugar" para la oración utilizando los servicios de la figuración. El arte cristiano ha prestado estas representaciones para ilustrar los misterios y facilitar su conocimiento. A veces en formas realistas y pormenorizadas.

Pero la imagen tiene el peligro de detener el espíritu en una consideración superficial de la figura, de convertirse en espejo que no transparente a quien figura, sino que refleja a quien en ella se mira, de hacerse "opaca", en acertada expresión de

J. M. Valverde. El símbolo tiende a convertirse en magia, en instrumento oscuro y vacío. El signo se puede transformar en etiqueta sin significado.

Es precisamente este uso—abuso—de la imagen quien hace menos necesaria la iconografía dentro de la iglesia. Si en otras épocas, de clima y condiciones imaginativas preferentemente religiosas, la imagen y la palabra eran el medio más importante de instrucción, hoy se puede decir que ambos sufren una crisis de silencio. La lectura y la fotografía—cine, televisión, publicidad—limitan la necesidad de la imagen artística y la predicación.

El miedo a la figuración plástica de lo santo tiene una doble vertiente: temor al falso espiritualismo y temor al falso naturalismo.

Se teme que las imágenes provoquen y alimenten una devoción de superficie, de espiritualidad fetichista e idolátrica; se teme también que las representaciones iconográficas provoquen un naturalismo desprovisto de carga espiritual, vacío de contenido religioso y del misterio sacro, de que la fe quede en la superficie de la efigie sin calar en las honduras del misterio que representa.

Es propio de todo movimiento restaurador espiritualista—y estamos en uno de ellos, por reacción contra el materialismo—la tendencia a exagerar por el lado de la renuncia a lo que es superficial, figural y alegórico. Así lo han hecho todos los renovadores y reformadores, ortodoxos o heréticos. De este temor ante la imagen nace la tendencia a renunciar a lo que en otras épocas se creía imprescindible.

Lo curioso es que esta crisis de imagen religiosa se da en un momento de gran consumo de imágenes. La figuración ha invadido de tal manera las manifestaciones humanas de nuestros días, que ha llegado a sustituir, en algunos casos, a la palabra escrita y hablada. (Sería posible hacer una historia de la cultura dividida en la Epoca de la Imagen, Epoca de la Letra, Epoca del Sonido y Epoca del Fotograma.)

Porque la imagen que utilizamos en la vida civil y comercial es realista, fotográfica. Son obras impresas, en serie, estereotipadas, como se hacen los automóviles o los bolígrafos. La fotografía ha invadido la vida, la ciencia y la técnica. Sólo el arte, por reacción, ha sentido la necesidad de liberarse buscando caminos por la desfiguración y la no figuración. La fotografía invade también el campo de la imagen religiosa. Lo hace en la escultura industrializada, en la estampería de cromo y en la figuración de lo santo. Nos estamos incluso acostumbrando a ver el rostro de los santos a través de la fotografía. Los más recientes, porque han conocido el invento mecánico de la imagen; los anteriores, porque el cine y el teatro ha "doblado" su rostro y su vida en el celuloide. La imagen de algunos, su estampa,

se confunde ya con una fotografía del actor que representó su vida. ¿Debemos utilizar la imagen del celuloide o podemos confiar en las tendencias del arte de nuestros días?

## LA IMAGEN RELIGIOSA Y EL ARTE MODERNO

Si la permanencia de representaciones sagradas dentro de la iglesia, aunque sean en número limitado, está exigida por razones pastorales, es necesario saber hasta qué punto el arte actual es capaz de figurar los misterios religiosos. El arte actual, dominado preferentemente por tendencias no figurativas, ¿puede hacer imágenes religiosas?

El Concilio abre las puertas al arte de nuestros días: "También el arte de nuestro tiempo y el de todos los pueblos y regiones ha de ejercerse libremente en la Iglesia, con tal que sirva a los oficios y ritos sagrados con el debido honor y reverencia" (N. 123).

La dificultad está en saber cuál de los muchos "ismos" actuales puede tener estas prerrogativas y si hay alguna tendencia que tenga más posibilidades que otras. Porque se exige una sumisión de servicio para el culto con un mínimo de honor y reverencia. El arte sacro debe hacerse cargo de la objetividad de los misterios. No puede desfigurarlos en aras de cualquier experiencia o esteticismo. El arte sagrado impone, sobre el arte religioso y el arte en general, unas condiciones de objetividad que no pueden desatenderse. La sacralidad está definida por las notas de la veracidad del misterio, por el acto de servicio cultural y por la admisión ritual por parte de la jerarquía eclesiástica.

Esta objetividad de los misterios y la aptitud para el servicio del culto estaba salvada en épocas anteriores en que el arte se mantenía sobre el fundamento de la figuración. Las nuevas tendencias del arte se proclaman no figurativas y ponen en peligro la objetividad representativa de lo santo y también la comunicabilidad de sus formas como lenguaje.

## LA IMAGEN FIGURATIVA

"Hoy, años de la mitad del siglo XX, la única pintura religiosa es la pintura abstracta" (Gaya-Nuño. Santander, 1953). "La escultura de hoy, la única que hoy podemos considerar como auténticamente escultura, no puede realizar la imagen figurativa de Cristo con el grado de figuración que se le exige" (Oriol Bohigas. Barcelona, 1963).

Estas afirmaciones, distantes en años, proceden de considerar al arte abstracto o no figurativo como única posibilidad plástica de nuestro tiempo. Pero el hecho de que la mayor parte de las tendencias actuales se encaucen por el camino de la no figuración, no quiere decir que la representación temática

de realidades extramentales haya muerto para siempre. La figuración es tan válida estéticamente como la no figuración, porque el arte no está valorado por el lado del tema, sino de la forma. Eso sin tener en cuenta que muchas de las manifestaciones formales son, en realidad, figuración de un mundo

construcciones llamadas abstractas, que no son otra cosa sino juegos albañilerísticos y entretenimientos con la materia sin forma. Porque el legítimo deseo de purificar la forma que movió a los pioneros del primer abstracto, ha caminado hasta la destrucción de la misma.



Cristo románico. Colección Valdeterrazo.

objetivo perteneciente al campo de lo desconocido o de lo oculto para las posibilidades sensoriales. El arte puede descubrir y figurar lo que permanece oculto, aunque esta figuración aparezca como aformal.

No será preciso esperar mucho tiempo; ya estamos experimentando esta realidad, para ver que un nuevo contenido llenará tantas formas vacías de

El arte sacro ha tenido, y sigue teniendo, unas necesidades de figuración a las que no puede renunciar. Si hubiéramos de definir la imaginería religiosa con un concepto estilístico que no haga referencia a ninguna forma histórica—porque no existe un estilo artístico cristiano—diríamos que es abstracta y expresionista. Abstracta por el lado de su contenido espiritual, suprasensible; expresionista por

el valor comunicativo de sus formas, vehículo de significaciones y emociones sagradas.

Cierto que se puede objetar contra la figuración artística en el sentido de que sea incapaz de representar realidades no sensibles. Lo que está fuera del campo de los sentidos está desprovisto de figura y, por tanto, de figuración. Pero el hecho de que los misterios religiosos sean realidades espirituales, suprasensibles, no quiere decir que no sean reales y objetivos. En ello radica la misión y el peligro de la imagen. El poder de la imagen está en poder facilitar un acercamiento sensible a un mundo de realidades que, normalmente, constituyen un misterio. Esta comunicación del misterio a través de formas sensibles no descubre la realidad íntima de él, sino que le presencializa sin explicarlo.

Puede ocurrir que la imagen se haga "opaca" y no transparente lo que en ella se representa. Ello es defecto del arte o de que hemos perdido el sentido para el misterio. Tal vez sean éstas las dos razones que pueden ser exponente de la aversión que sentimos en nuestros días hacia la imagen figurativa religiosa: hemos perdido el sentido que capta el misterio y, por tanto, su posibilidad de representación. El conocimiento técnico ha desplazado al conocimiento imaginativo; la sabiduría de la ciencia ha marchitado la sabiduría de la imagen.

Asistimos, sin duda, a un resurgimiento de la imagen figurativa. La existencia de una imaginería religiosa actual y el interés, cada vez más creciente, que despierta entre los artistas la temática sacra, demuestra que es posible el logro de una escultura, una pintura y una decoración partiendo de las tendencias más modernas, siempre que estén enraizadas y vivificadas por la conciencia de servicio y anuncio del misterio. Las tendencias figurativas, cuya vigencia estética está hoy tan justificada como lo haya sido en otras épocas, puede hacerse cargo de la objetividad de lo santo para conseguir una imagen válida y de acuerdo con las necesidades pastorales actuales.

## LA IMAGEN ABSTRACTA

Mayor dificultad tiene el arte religioso cuando se enfrenta con la imagen desde el campo de la no figuración. El artista debe hacerse cargo en todo momento de la objetividad del misterio que ha de anunciar. La obra de arte cristiano está "destinada al culto católico, a la edificación de los fieles y a su instrucción religiosa" (N. 127).

¿Puede el arte no figurativo respetar esta integridad de servicio? ¿No está expuesto a desfigurar la esencia del misterio con personales y subjetivas interpretaciones? ¿No está en peligro de no cumplir con su misión de instruir a los fieles, anunciando solamente sensaciones personales y dejando a la comunidad vacía ante la representación no figurativa

de lo santo? ¿Puede el arte no figurativo hacer una imagen religiosa?

Con alguna frecuencia se aducen ejemplos de imágenes de otras épocas señalando que pertenecen al arte abstracto. Pero no deben confundirse la estilización, el hieratismo y la frontalidad que caracterizan a las mismas, con las obras y las intenciones del arte aformal y no figurativo. El término "abstracto" se presta a muchas confusiones. Entendido como tema sacro, suprasensible o como estilización y desconcretización de la forma, existe un arte abstracto religioso. Es más, todo arte religioso debe serlo. Pero un arte que se llama a sí mismo no figurativo, aformal, que no imita ni representa nada que no sea la misma forma despojada de toda alusión temática o la pura subjetividad creadora, ¿cómo puede presencializar los misterios religiosos?

Esta objeción se agrava si se considera que la obra de arte religioso, por estar al servicio de un culto con carácter comunitario y público, debe tener un mínimo de comunicabilidad. El arte abstracto se cierra en la esfera de lo personal, de lo subjetivo, sin que exista fácilmente un nexo entre las formas libremente creadas y la comprensibilidad de las mismas por parte de los fieles.

La finalidad del arte religioso no es solamente figurar los misterios. Importa, sobre todo, la presencialización de lo santo. La imagen figurativa no se valora porque nos narra las realidades religiosas, sino porque nos las hace presentes en formas plásticas. La deformación y la desfiguración suelen acentuar el carácter expresivo y comunicativo de las imágenes sagradas. No se parte de un tipo de fealdad, pero tampoco de un tipo de belleza física. El acercamiento a lo santo se hace más fácil por el camino de la insinuación, del grafismo, del signo, que por la descripción figurativa. El misterio se salva mejor en lo oculto que en lo manifiesto, porque a fuerza de explicaciones realistas y figuraciones sensibles cabe el peligro de caer en la alegoría y en el fetichismo.

Por otra parte, la representación de la vivencia interior, subjetiva de lo religioso en formas no figurativas, es más posible que la representación de la objetividad del misterio en formas figurales. El artista puede comunicar y hacer presente en formas abstractas esa vivencia subjetiva que despierta en él lo religioso, prescindiendo de la figuración concreta del hecho que motiva esa vivencia, y en el cual se fija el figurativo. Los dos tendrán un punto de contacto: la presencialización de lo santo. Uno desde la subjetividad expresada en formas libres; otro desde la objetividad presentada en formas concretas y figurales. Si el no figurativo se ve amenazado por la incomunicabilidad de sus formas y de dejar en vacío a los fieles, el figurativo tiene ante sí el peligro de que sus figuraciones sean un muro denso, impenetrable, que no permita ver lo que está detrás

de la imagen, porque se hace opaca. Interesa siempre salvar el misterio, que no está ligado ni a la figuración ni a la interpretación subjetiva del artista. Porque, en último término, el arte está sometido a la devoción y ésta no es un acto de la obra de arte, sino del hombre religioso, único capaz de ofrecer a Dios la sumisión de su inteligencia y de su voluntad. La imagen es buena y conveniente si ayuda al acto devocional; mala y desterrable si lo dificulta. El obstáculo suele estar más en el figurativismo sensiblero y superficial que en la incomunicabilidad de las formas artísticas.

#### EL CLIMA ABSTRACTO DEL ESPACIO RELIGIOSO

El templo es el lugar para el encuentro del hombre con Dios en un ambiente religioso. El escenario de este encuentro está concebido en formas arquitectónicas adecuadamente organizadas para la celebración de las acciones litúrgicas. Pero es necesario, además, crear un clima que favorezca esta cita religiosa. El clima depende de la función ambiental de varios factores. La arquitectura y el mobiliario litúrgico contribuyen con su servicio y la posibilidad significativa de sus formas, sin necesidad de elementos simbólicos sobreañadidos.

La imagen figurativa ha cumplido, y debe seguir colaborando, con la prestación de un elemento sensible, casi palpable, de las realidades religiosas. Pero evitando el escollo de la alegoría opaca o "figurita" anclada en la superficie del sentimentalismo.

La imagen abstracta tiene también una misión en el templo: facilitar la creación de un espacio arquitectónico religiosamente habitable. La creación de un clima propicio para la celebración litúrgica es más importante que la representación figurativa de lo santo. No se puede dudar que el arte no figurativo tiene una gran capacidad significativa y un poderoso carácter decorativo. La significación está dada por una vibración religiosa que emana de las formas bellas: la decoración se expresa en unas materias tratadas con valor poético.

El arte abstracto no podrá proporcionar una imagen figurativa, pero sí puede facilitar el encuentro del hombre con Dios en un clima de formas que actúan despertando la profundidad de una sensación, de una vivencia espiritual propicia para que en ella anide el acto de voluntad que se llama devoción.

El arte religioso, que sufre los cambios de cualquier movimiento estético, ha sabido aprovecharse de la no figuración para realizar una ascesis que era sumamente necesaria: la purificación de la imagen.

Aunque la arquitectura moderna, nacida de las nuevas técnicas, y el arte abstracto, libre de la anécdota, no hubieran conseguido nada más que este efecto depurativo, sería suficiente para confiar en las nuevas tendencias plásticas. Sólo cabe esperar que el arte nuevo, el verdadero arte, ponga al servicio del culto una imaginería que sea la auténtica gloria y decoro del templo.

Taller de cerámica del Monasterio de Poyo.

